

El adolescente y la libertad

Arminda Aberastury
(Buenos Aires)

Entrar en el mundo de los adultos —deseado y temido— significa para el adolescente la pérdida definitiva de su condición de niño. Es un momento crucial en la vida del hombre y constituye la etapa decisiva de un proceso de desprendimiento que comenzó con el nacimiento.

Los cambios psicológicos que se producen en este periodo y que son el correlato de cambios corporales, llevan a una nueva relación con los padres y con el mundo. Ello sólo es posible si se elabora lenta y dolorosamente el duelo por el cuerpo de niño, por la identidad infantil y por la relación con los padres de la infancia.

Cuando el adolescente se incluye en el mundo con este cuerpo ya maduro, la imagen que tiene de su cuerpo ha cambiado, también su identidad, y necesita entonces adquirir una ideología que le permita su adaptación al mundo y/o su acción sobre él para cambiarlo.

En este período fluctúa entre una dependencia y una independencia extremas y sólo la madurez le permitirá más tarde aceptar ser independiente dentro de un marco de necesaria dependencia. Pero, al comienzo, se moverá entre el impulso al desprendimiento y la defensa que impone el temor a la pérdida de lo conocido. Es un período de contradicciones, confuso, ambivalente, doloroso, caracterizado por fricciones con el medio familiar y social. Este cuadro es frecuentemente confundido con crisis y estados patológicos.

Tanto las modificaciones corporales incontrolables como los imperativos del

mundo externo que exigen del adolescente nuevas pautas de convivencia, son vividos al principio como una invasión. Esto lo lleva como defensa a retener muchos de sus logros infantiles, aunque también coexiste el placer y afán de alcanzar un nuevo status. También lo conduce a un refugio en su mundo interno para poder reconectarse con su pasado y desde allí enfrentar el futuro. Estos cambios, en los que pierde su identidad de niño, implican la búsqueda de una nueva identidad que se va construyendo en un plano consciente e inconsciente. El adolescente no quiere ser como determinados adultos, pero en cambio, elige a otros como ideales, se va modificando lentamente y ninguna premura interna o externa favorece esta labor.

La pérdida que debe aceptar el adolescente al hacer el duelo por el cuerpo es doble: la de su cuerpo de niño cuando los caracteres sexuales secundarios lo ponen ante la evidencia de su nuevo status y la aparición de la menstruación en la niña y el semen en el varón, que les imponen el testimonio de la definición sexual y del rol que tendrán que asumir, no sólo en la unión con la pareja sino en la procreación.

Sólo cuando el adolescente es capaz de aceptar simultáneamente los dos aspectos de niño y de adulto, puede empezar a aceptar en forma fluctuante los cambios de su cuerpo y comienza a surgir su nueva identidad. Ese largo proceso de búsqueda de identidad ocupa gran parte de su energía y es la consecuencia de la pérdida de la identidad infantil que se produce cuando comienzan los cambios corporales.

El adolescente se presenta como varios personajes, y a veces ante los mismos padres, pero con más frecuencia ante diferentes personas del mundo externo, que nos podrían dar de él versiones totalmente contradictorias sobre su madurez, su bondad, su capacidad, su afectividad, su comportamiento e, incluso, en un mismo día, sobre su aspecto físico.

Las fluctuaciones de identidad se experimentan también en los bruscos cambios, en las notables variaciones producidas en pocas horas por el uso de diferentes vestimentas, más llamativas en la niña adolescente, pero igualmente notables en el varón, especialmente en el mundo actual.

No sólo el adolescente padece este largo proceso sino que los padres tienen

dificultades para aceptar el crecimiento a consecuencia del sentimiento de rechazo que experimentan frente a la genitalidad y a la libre expresión de la personalidad que surge de ella. Esta incomprensión y rechazo se encuentran muchas veces enmascarados bajo la otorgación de una excesiva libertad que el adolescente vive como abandono y que en realidad lo es.

Frente a esta actitud el adolescente siente la amenaza inminente de perder la dependencia infantil —si asume precozmente su rol genital y la independencia total— en momentos que esa dependencia es aún necesaria. Cuando la conducta de los padres implica una incomprensión de las llamativamente polares fluctuaciones entre dependencia-independencia, refugio en la fantasía—afán de crecimiento, logros adultos-refugio en logros infantiles, se dificulta la labor de duelo, en la que son necesarios permanentes ensayos y pruebas de pérdida y recuperación de ambas edades: la infantil y la adulta.

Sólo cuando su madurez biológica está acompañada de una madurez afectiva e intelectual que le permita su entrada en el mundo del adulto, estará equipado de un sistema de valores, de una ideología que confronta con la de su medio y donde el rechazo a determinadas situaciones se cumple en una crítica constructiva. Confronta sus teorías políticas y sociales y se embandera, defendiendo un ideal. Su idea de reforma del mundo se traduce en acción. Tiene una respuesta a las dificultades y desórdenes de la vida. Adquiere teorías estéticas y éticas. Confronta y soluciona sus ideas sobre la existencia o inexistencia de Dios y su posición no se acompaña de la exigencia de un sometimiento ni de la necesidad de someter.

Pero antes de llegar a esta etapa nos encontraremos con una multiplicidad de identificaciones contemporáneas y contradictorias, por eso, el adolescente se presenta como varios personajes: es una combinación inestable de varios cuerpos e identidades. No puede todavía renunciar a aspectos de sí mismo y no puede utilizar y sintetizar los que va adquiriendo y en esa dificultad de adquirir una identidad coherente está la dificultad básica de resolver su identidad sexual.

En el primer momento esa identidad de adulto es un sentirse dolorosamente

separado del medio familiar, y los cambios en su cuerpo lo obligan también al desprendimiento de su cuerpo infantil. Sólo algunos logran el hallazgo de encontrar el lugar de sí mismo en su cuerpo y en el mundo, ser habitantes de su cuerpo en su mundo actual, real, y también adquirir la capacidad de utilizar su cuerpo y su lugar en el mundo.

Este proceso de la vida cuyo sino es el desprendimiento definitivo de la infancia, tiene sobre los padres una influencia no bien valorada hasta hoy. El adolescente provoca una verdadera revolución en su medio familiar y social y esto crea un problema generacional no siempre bien resuelto.

Ocurre que también los padres viven los duelos por los hijos, necesitan hacer el duelo por el cuerpo del hijo pequeño, por su identidad de niño y por su relación de dependencia infantil. Ahora son juzgados por sus hijos, y la rebeldía y el enfrentamiento son más dolorosos si el adulto no tiene conscientes sus problemas frente al adolescente. El problema de la adolescencia tiene una doble vertiente que en los casos felices puede resolver-se en una fusión de necesidades y soluciones. También los padres tienen que desprenderse del hijo y evolucionar hacia una relación con el hijo adulto, lo que impone muchas renunciaciones de su parte.

Al perderse para siempre el cuerpo de su hijo niño se ve enfrentado con la aceptación del devenir, del envejecimiento y de la muerte. Debe abandonar la imagen idealizada de sí mismo que su hijo ha creado y en la que él se ha instalado. Ahora ya no podrá funcionar como líder o ídolo y deberá, en cambio, aceptar una relación llena de ambivalencias y de críticas. Al mismo tiempo, la capacidad y los logros crecientes del hijo lo obligan a enfrentarse con sus propias capacidades y a evaluar sus logros y fracasos. En este balance, en esta rendición de cuentas, el hijo es el testigo más implacable de lo realizado y de lo frustrado. Sólo si puede identificarse con la fuerza creativa del hijo, puede comprenderlo y recuperar dentro de sí su propia adolescencia. Es en este momento del desarrollo donde el modo en el que se otorgue la libertad es definitiva para el logro de la independencia y de la madurez del hijo.

Hasta hoy el estudio de la adolescencia se centró solamente sobre el

adolescente. Este enfoque será siempre incompleto si no se toma en cuenta la otra cara del problema: la ambivalencia y la resistencia de los padres a aceptar el proceso de crecimiento.

¿Qué motivos tiene la sociedad para no modificar sus rígidas estructuras, para empeñarse en mantenerlas tal cual aún cuando el individuo cambia? ¿Qué conflictos conscientes e inconscientes conducen a los padres a ignorar o a no comprender la evolución del hijo? El problema muestra así otra cara, escondida hasta hoy bajo el disfraz de la adolescencia difícil: es la de una sociedad difícil, incomprensiva, hostil e inexorable a veces frente a la ola de crecimiento, lúcida y activa, que le impone la evidencia de alguien que quiere actuar sobre el mundo y modificarlo bajo la acción de sus propias transformaciones.

El desprecio que el adolescente muestra frente al adulto, es, en parte, una defensa para eludir la depresión que le impone el desprendimiento de sus partes infantiles, pero es también un juicio de valor que debe respetarse. Además la desidealización de las figuras parentales lo sume en el más profundo desamparo.

Sin embargo, este dolor es poco percibido por los padres que suelen encerrarse en una actitud de resentimiento y refuerzo de la autoridad, actitud que hace aun más difícil este proceso.

En la adolescencia una voluntad biológica va imponiendo un cambio y el niño y sus padres deben aceptar la prueba de realidad de que el cuerpo infantil está perdiéndose para siempre. Ni el niño ni sus padres podrán recuperar ese cuerpo aunque pretendan negarlo psicológicamente' o mediante actuaciones en las cuales la vida familiar y la sociedad pretenden comportarse como si nada hubiera cambiado.

La problemática del adolescente comienza con los cambios corporales, con la definición de su rol en la procreación y se sigue con cambios psicológicos. Tiene que renunciar a su condición de niño; debe renunciar también a ser nombrado como niño ya que a partir de ese momento si se le denomina de ese modo será con un 'matiz despectivo, burlón o de desvalorización.

Además, debemos aceptar que la pérdida del vínculo del padre con el hijo infantil, de la identidad del adulto frente a la identidad del niño lo enfrentan con una lucha similar a las luchas creadas por las diferencias de clases; como en ellas, los factores económicos juegan un rol importante; los padres suelen usar la dependencia económica como poder sobre el hijo lo que crea un abismo y un resentimiento social entre las dos generaciones.

El adulto se aferra a su mundo de valores que con triste frecuencia es el producto de un fracaso interno y de un refugio en logros típicos de nuestra sociedad alienada. El adolescente defiende sus valores y desprecia los que quiere imponerle el adulto, más aún los siente como una trampa de la que necesita escapar.

El sufrimiento, la contradicción, la confusión, los trastornos son de este modo inevitables; pueden ser transitorios, pueden ser elaborables, pero debemos plantearnos si gran parte de su dolor no podría ser mitigado cambiando estructuras familiares y sociales.

Por lo general, es el adulto el que ha escrito sobre adolescencia y enfatizado el problema del hijo y habla muy poco de la dificultad del padre y del adulto en general para aceptar el crecimiento, estableciendo una nueva relación con él, de adulto a adulto.

El adolescente siente que debe planificar su vida, controlar los cambios; necesita adaptar el mundo externo a sus necesidades imperiosas, lo que explica sus deseos y necesidad de reformas sociales.

El dolor que le produce abandonar su mundo y la conciencia de que se van produciendo más modificaciones incontrolables dentro de sí, lo mueven a efectuar reformas exteriores que le aseguren la satisfacción de sus necesidades en la nueva situación en que se encuentra ahora frente al mundo, los que al mismo tiempo, le sirven de defensa contra los cambios incontrolables internos y de su cuerpo. Se produce en este momento un incremento de la intelectualización para superar la incapacidad de acción (que es la correspondiente al período de omnipotencia del pensamiento en el niño

pequeño). El adolescente busca la solución teórica de todos los problemas trascendentes y de aquellos a los que se verá enfrentado a corto plazo: el amor, la libertad, el matrimonio, la paternidad, la educación, la filosofía, la religión. Pero aquí también podemos y debemos plantearnos el interrogante ¿es así sólo por una necesidad del adolescente o también es una resultante de un mundo que le prohíbe la acción y le obliga a refugiarse en la fantasía y en la intelectualización?

La inserción en el mundo social del adulto —con sus modificaciones internas y su plan de reformas— es lo que va definiendo su personalidad y definiendo su ideología.

Su nuevo plan de vida le exige plantearse el problema de los valores éticos intelectuales, afectivos; implica el nacimiento de nuevos ideales y la adquisición de la capacidad de lucha por conseguirlos.

Pero, al mismo tiempo, le impone un desprendimiento: abandonar la solución del “como si” del juego y del aprendizaje, para enfrentar el “sí” y el “no” de la realidad activa que tiene en sus manos.

Esto le exige un distanciamiento del presente y, con ello, la fantasía de proyectarse en el futuro y ser, independizándose del ser con y como los padres.

Todo esto le exige formarse un sistema de teorías, de ideas, un programa al cual aferrarse y también la necesidad de algo en lo que pueda descargar el monto de ansiedad y los conflictos que surgen de su ambivalencia entre el impulso al desprendimiento y la tendencia a permanecer ligado.

Esta crisis intensa se soluciona transitoriamente huyendo del mundo exterior, buscando refugio en la fantasía, en el mundo interno, con un paralelo incremento de la omnipotencia narcisista y de la sensación de prescindencia de lo externo. De este modo crea para sí una nueva plataforma de lanzamiento desde la cual podrá iniciar conexiones con nuevos objetos del mundo externo y preparar la acción.

Su hostilidad frente a los padres y al mundo en general se expresa en su desconfianza, en la idea de no ser comprendido, en su rechazo de la realidad, situaciones que pueden ser ratificadas o no por la realidad misma.

Todo este proceso exige un lento desarrollo donde son negados y afirmados sus principios, donde lucha entre su necesidad de independencia y su nostalgia de reaseguramiento y dependencia.

Sufre crisis de susceptibilidad y de celos, exige y necesita vigilancia y dependencia, pero sin transición surgen en él el rechazo al contacto con los padres y la necesidad de independencia y de huir de ellos.

La calidad del proceso de maduración y crecimiento de los primeros años, la estabilidad en los afectos, el monto de gratificación y frustración y la gradual adaptación a las exigencias ambientales van a marcar la intensidad y gravedad de estos conflictos. Por ejemplo, obtener una satisfacción suficiente (adecuada en el tiempo) a las necesidades fundamentales de la sexualidad infantil, incluyendo en esta satisfacción tanto la acción como la aclaración oportuna de los problemas, determinará en el adolescente una actitud más libre frente al sexo, del mismo modo que unas relaciones cordiales mantenidas con la madre determinarán en el varón una mayor facilidad en su relación con la mujer; lo mismo ocurrirá en lo que se refiere a la niña con el padre. Pero la realidad ofrece pocas veces al niño y al adolescente estas adecuadas satisfacciones.

Con todo este conflicto interno que hemos descripto, el adolescente se enfrenta en la realidad con el mundo del adulto, que al sentirse atacado, enjuiciado, molestado y amenazado, por esta ola de crecimiento, suele reaccionar con una total incomprensión, con rechazo y con un reforzamiento de su autoridad.

En esta circunstancia, la actitud del mundo externo será otra vez decisiva para facilitar o entorpecer el crecimiento.

En este momento vivimos en el mundo entero el problema de una juventud

disconforme a la que se enfrenta con la violencia, y el resultado es sólo la destrucción y el entorpecimiento del proceso.

La violencia de los estudiantes no es sino la respuesta a la violencia institucionalizada de las fuerzas del orden familiar y social.

Los estudiantes se rebelan contra todo nuestro modo de vida, rechazan las ventajas tanto como sus males, en busca de una sociedad que ponga la agresión al servicio de los ideales de vida y eduque las nuevas generaciones en vista a la vida y no a la muerte.

La sociedad en que vivimos con su cuadro de violencia y destrucción no ofrece garantías de sobrevivencia y crea una nueva dificultad para el desprendimiento. El adolescente, cuyo sino es la búsqueda de ideales y de figuras ideales para identificarse, se encuentra con la violencia y el poder: también los usa.

Tal posición ideológica es confusa porque no puede ser de otro modo en el adolescente; él está en busca de una identidad y de una ideología, pero no la tiene. Sabe lo que no quiere mucho más que lo que quiere ser y hacer de sí mismo, por eso los movimientos estudiantiles carecen a veces de bases ideológicas sólidas. Con frecuencia el adolescente se somete a un líder que lo politiza y, en el fondo, reemplaza a las figuras paternas de las que está buscando separarse, o no tiene más remedio que buscar una ideología propia que le permita actuar de un modo coherente en el mundo en el que le toca vivir, pero si es así, no se le da el tiempo para lograrla, se le apremia y responde con violencia.

Erikson ha sostenido que la sociedad ofrece al niño una "moratoria social". Por mi parte considero que esta "moratoria social" no es más que el contenido manifiesto de una situación mucho más profunda. Sucede que el niño mismo necesita tomarse su tiempo para hacer las paces con su cuerpo, para terminar de conformarse a él, para sentirse conforme con él. Pero sólo llega a esta conformidad a través de un largo proceso de duelo, a través del cual no sólo renuncia a su cuerpo de niño sino que abandona la fantasía omnipotente de bisexualidad, base de su actividad masturbatoria. Entonces sí, puede aceptar

que para concebir un hijo necesita la unión con el otro sexo, debiendo renunciar el hombre a las fantasías de procreación dentro de su propio cuerpo y la mujer a la omnipotencia maternal. En una palabra, que la única forma de aceptar el cuerpo de otro es aceptar el propio cuerpo.

Pero eso —aparentemente elemental— es tan difícil de conseguir que se traduce luego a lo largo de la vida en las confusiones, trastornos y sufrimientos para asumir la paternidad o la maternidad. Todo este proceso lo lleva a abandonar su identidad infantil, a tratar de adquirir una identidad adulta que, cuando se logra, se encarna en una ideología con la cual se enfrentará al mundo circundante.

La dificultad del adulto para aceptar la maduración intelectual y sexual del niño es la base de esa pseudo “moratoria social”. Es llamativo, además, que sólo se haya señalado hasta ahora los aspectos ingratos del crecimiento, dejando de lado la felicidad y la creatividad plenas que caracterizan también al adolescente. El artista adolescente es una figura que la historia de la cultura ofrece repetidamente, y tanto en artistas como en hombres de ciencia se hallan testimonios de que toda su obra de madurez no es sino la concreción de intuiciones y preocupaciones surgidas en esa edad.

Lo específico del conflicto en este período es algo totalmente inédito en el ser: su definición en la procreación y la eclosión de una gran capacidad creativa. Buscan logros y encuentran satisfacciones en ellos. Si estos logros son desestimados por los padres y la sociedad, surgen en el adolescente sufrimiento y rechazo. Pero el diálogo del adulto con el joven no puede iniciarse en este período, debe ser algo que ha ido aconteciendo desde el nacimiento, si no es así el adolescente no se acerca a los adultos.

Un ejemplo evidente de esta incompreensión: al adolescente se le exige que defina su vocación y, al mismo tiempo, se le reprimen los primeros tanteos de esa vocación. Estos tienen el mismo significado que los primeros tanteos en la vida genital, los que, generalmente, no son valorados.

Diremos que en la situación grupal familiar nos encontramos con lo que Marcuse señala para lo social “Si son violentos es porque están desesperados”.

A mayor presión parental, a más incompreensión frente al cambio el adolescente reacciona con más violencia por desesperación y desgraciadamente es en este momento decisivo de la crisis adolescente donde los padres recurren por lo general a dos medios de coacción: el dinero y la libertad.

Son tres las exigencias básicas de libertad que plantea el adolescente de ambos sexos a sus padres: la libertad en salidas y horarios, la libertad de defender una ideología y la libertad de vivir un amor y un trabajo.

De estas tres exigencias los padres parecen ocuparse en especial de la primera: la libertad en las salidas y horarios, pero más profundamente este control sobre las salidas y horarios significa el control sobre las otras libertades: la ideología, el amor y el trabajo. Cuando los padres responden ante la demanda de libertad restringiendo las salidas o utilizando la dependencia económica "cortando los víveres", es que algo hubo mal llevado en la educación anterior y los padres se declaran vencidos. El adolescente temprano, el niño alrededor de los diez años siente una gran necesidad de ser respetado en su búsqueda desesperada de identidad, de ideología, de vocación y de objetos de amor. Si ese diálogo no se ha establecido es muy difícil que en el momento de la adolescencia haya una comprensión entre los padres y los hijos. Los adolescentes de hoy son mucho más serios, están más informados. Valoran más el amor y el sexo y para ellos éste permite realmente "un acto de amor" y no una mera descarga o un pasatiempo o una afirmación de potencia.

Del mismo modo, la libertad para ellos es mucho más que el recibir de sus padres la llave de la casa o, incluso, recibir de sus padres un departamento para vivir solos. Saben que hay otra libertad que atañe a cada uno de ellos y que atañe a toda una comunidad de jóvenes.

Muchos padres de la generación del 30 se sienten "modernos" cuando les dan a los hijos la oportunidad de tener aventuras o cuando frente a la hija defienden una ideología que consideran casi revolucionaria: sin embargo la posición de ellos frente al amor no es la misma que la de la generación actual. Existe en la generación pasada una tendencia, que fue muy estudiada por

Freud, a considerar un amor rebajado y un amor idealizado. La generación actual es mucho más sana y tiende a integrar en un solo objeto estos dos aspectos.

El amor, además, es sólo un aspecto de la problemática de la adolescencia: hay muchos otros problemas que son profundamente importantes para ellos. Casi todos saben ya que la libertad sexual no es promiscuidad, pero sienten y expresan la necesidad de hacer experiencias que no siempre son totales pero que necesitan vivir. Para que puedan hacerlo tienen que sentir cierta aprobación de sus padres para no sentir culpa. Pero esta aprobación no debe tener por precio que les exijan que informen sobre sus actos. Necesitan vivir sus experiencias para ellos. Exigir información es tan patológico como prohibir y es muy diferente a escuchar. Hemos hablado de la importancia de la palabra, de la necesidad del adolescente de hablar de sus logros. Es frecuente que los padres se quejen de que ya no es posible hablar entre ellos, de que los hijos adolescentes “toman la palabra” y copan la situación. Esos padres no se han dado cuenta de que escuchar es el camino para entender lo que está pasando en sus hijos. El adolescente de hoy, como el de todos los tiempos, está harto de consejos, necesita hacer sus experiencias y necesita comunicarlas pero no quiere, no le gusta ni acepta que sus experiencias sean criticadas, calificadas, clasificadas ni confrontadas con las de los padres. El adolescente percibe muy bien que cuando los padres comienzan a controlar el tiempo y los horarios están controlando algo más: su mundo interno, su crecimiento y su desprendimiento. El joven sano de hoy está de vuelta de muchas de las problemáticas del adulto, diría que es más posible que el adulto aprenda del adolescente y no que el adulto pueda darle su experiencia.

Los padres necesitarían saber que en la adolescencia temprana mujeres y varones pasan por un período de profunda dependencia donde necesitan de ellos tanto o más que cuando eran bebés, que esa necesidad de dependencia puede ser seguida inmediatamente de una necesidad de independencia, que la posición útil en los padres es la de espectadores activos, no pasivos, y al acceder a la dependencia o a la independencia no se basen en sus estados de ánimo sino en las necesidades del hijo. Para esto será necesario que ellos mismos vayan viviendo el desprendimiento del hijo a través del otorgamiento

de la libertad y del mantenimiento de la dependencia madura.

Para hacer estos tanteos es necesario dar libertad, y para dar libertad hay dos caminos: dar una libertad sin límites, que es lo mismo que abandonar un hijo o dar una libertad con límites, que impone cuidados, cautela, observación, contacto afectivo permanente, diálogo, para ir siguiendo paso a paso la evolución de las necesidades y de los cambios en el hijo.

El mundo moderno reserva a los jóvenes un sitio de nuevas dimensiones si se toma en consideración tanto la fuerza numérica de la juventud, como el papel que son capaces de desempeñar en las transformaciones que exige el proceso de desarrollo económico, ideológico y social. Un dato aparecido en la revista de la Unesco encierra dentro de su verdad matemática un pronóstico que aterrará a más de un adulto. Hablando de la juventud, señala que el aumento de la población del mundo representa la irrupción en escena de una enorme promoción de jóvenes. Se calcula que el número de habitantes entre quince y veinticuatro años de edad dentro de cuarenta años, es decir, en el año 2000, habrá aumentado de 519 millones a un billón 128 millones.

Me pregunto ahora si las tensiones y conmociones que hoy resultan de la irrupción del joven en la sociedad en que vivimos y su voluntad de intervenir en ella de una manera cada vez más activa, no surgen tanto de la percepción de la fuerza que va adquiriendo como del miedo del adulto.

Lo normal es que participen dentro de las inquietudes que son la esencia misma de la atmósfera social en la que les toca vivir, y si piden la emancipación no lo hacen en la búsqueda de llegar rápidamente al estado de adultos —muy lejos de ello— sino porque necesitan adquirir los derechos y las libertades similares a las que los adultos tienen, sin dejar por eso su condición de jóvenes.

Toda adolescencia lleva, además del sello individual, el sello del medio cultural, social e histórico desde el cual se manifiesta, y el mundo en que vivimos nos exige más que nunca la búsqueda del ejercicio de la libertad sin recurrir a la violencia para coartarla.

La prevención de una adolescencia difícil debe ser buscada con la ayuda de trabajadores de todos los campos de el estudio del hombre que investiguen para nuestra sociedad actual las necesidades y los límites útiles que permitan a un adolescente desarrollarse hasta un nivel adulto. Esto exige un clima de espera y comprensión para que el proceso no se retarde ni se acelere. Es un momento crucial en la vida del hombre y necesita una libertad adecuada con la seguridad de normas que le vayan ayudando a adaptarse a sus necesidades o a modificarlas, sin entrar en conflictos graves consigo mismo, con su ambiente y con la sociedad.

BIBLIOGRAFIA

ABERASTURY, A. — **“Adolescencia y Psicopatía”**, sexta parte, pág. 339 del libro **“Psicoanálisis de la manía y psicopatía”** de Paidós, 1966.

ABERASTURY, A. — **“El mundo del adolescente”**. Rev. Uruguay de Psicoanálisis, vol. 3, año 1959, pág. 3.

ERIKSON-HOMBURGER — **“Infancia y sociedad”**. Edit. Hormé Bs. As. 1959.

ERIKSON. — **“El problema de la identidad del yo.”** Rev. Uruguay de Psicoanálisis. Vol. 5, año 1963, pág. 2-3.

GARBARINO, M. F. de y GARBARINO H. — **“La adolescencia”**. Rev. Uruguay de Psicoanálisis. Tomo 4, Nº 3, años 1961-62.

GARBARINO M. E. de — **“Identidad y adolescencia”**, Rev. Uruguay de Psicoanálisis. Tomo 5, Nos. 2-3, 1963.

GRINBERG, LEON. — **“El individuo frente a su identidad”**. Rev. de Psicoanálisis. Tomo XVII, 1961, Nº 4.

PEARSON GERALD. — **“La adolescencia, el conflicto de las**

generaciones”.